



Al Reverendísimo Padre
JOSEPH CHALMERS
Prior General
de la Orden de los Hermanos
de la Santísima Virgen María del Monte Carmelo

Me alegra saber que esta antigua e ilustre Orden se prepara para la celebración durante el próximo mes de septiembre de su Capítulo General, con motivo del octavo centenario de la entrega, por parte de S. Alberto, Patriarca de Jerusalén (1205-1214), de la *formula vitæ* en la que se inspiraron los eremitas latinos que se asentaron «junto a la Fuente, en el Monte Carmelo» (*Regla Carmelita*, 1). Se trata del primer reconocimiento por parte de la Iglesia hacia este grupo de hombres que dejó todo para vivir en obsequio de Jesucristo, imitando los sublimes ejemplos de la Santísima Virgen María y del profeta Elías. El *iter* canónico concluyó con algunas enmiendas, a las que siguió, en 1247 la aprobación de la *Regla* por parte de mi Predecesor, el Papa Inocencio IV.

Por una feliz coincidencia, este año la Orden del Carmelo vive además otros acontecimientos percibidos como momentos de gracia, como el séptimo centenario del pio tránsito de San Alberto de Trápani, llamado *Pater Ordinis*, y el cuarto centenario de la entrada a la vida eterna de Santa María Magdalena de Pazzi, la Serafina del Carmelo. Por tanto, supone para mí una inmensa alegría el poder participar en la intensa experiencia espiritual que la Familia Carmelita vivirá con motivo del Capítulo.

Los primeros Carmelitas se dirigieron al Monte Carmelo porque creían en el amor de Dios, que tanto amó al mundo, que hasta entregó a Su Hijo unigénito (ver *Gv* 3,16). Ellos, acogiendo la señoría de Cristo sobre sus vidas, quedaron dispuestos para ser transformados por su amor. Ésta es la elección de fondo ante la que se encuentra cada cristiano. Lo comentaba en mi primera Encíclica: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo

horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus Caritas est*, 1). Si este desafío vale para el cristiano, ¡cuánto más deberá sentirse interpelado por él el Carmelita, cuya vocación es el ascenso al monte de la perfección!

Sin embargo, sabemos bien que no resulta nada fácil vivir fielmente esta llamada. En cierto modo, existe la necesidad de protegerse con la armadura de la insidias del mundo. También lo recuerda la Regla Carmelita: «Ceñid vuestros lomos con el cingulo de la castidad; fortaleced vuestros pecho con pensamientos santos, pues está escrito: el pensamiento santo te guardará”. Revestíos la coraza de la justicia, de manera que améis al Señor vuestro Dios con todo el corazón, con toda la mente, con todas las fuerzas, y a vuestro prójimo como a vosotros mismos. Embraced en todo momento el escudo de la fe y con él podréis apagar los encendidos dardos del maligno» (n° 18). Finalmente, la espada del Espíritu, es decir, la palabra de Dios, habite en toda su riqueza en vuestra boca y en vuestros corazones. Y lo que debáis hacer, hacedlo conforme a la Palabra del Señor» (n° 19).

Muchos hombres y mujeres han alcanzado la santidad viviendo con fidelidad creativa los valores de la Regla Carmelita. Mirando hacia ellos, y hacia los demás discípulos que han seguido fielmente a Cristo, «nuevos motivos nos impulsan a buscar la Ciudad futura, y al mismo aprendemos cual sea, entre las mundanas vicisitudes, el camino segurísimo, conforme al propio estado y condición de cada uno, que nos conduzca a la perfecta unión con Cristo, es decir, a la santidad» (Const. *Lumen Gentium*, 50).

El tema de vuestra asamblea capitular – *In obsequio Jesu Christi. Comunidad orante y profética en un mundo que cambia* – manifiesta perfectamente el peculiar estilo con que la Orden del Carmelo trata de responder al amor de Dios a través de una vida impregnada de oración, fraternidad y espíritu profético. En el corazón de vuestra Regla se encuentra el precepto de reunirse cada mañana para la celebración eucarística. Es en la Eucaristía, de hecho, donde «se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación... y donde nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento» (Const. Ap. *Sacramentum Caritatis*, 8). De esto ya eran plenamente conscientes los primeros Carmelitas, que perseguían la santificación personal mediante la participación diaria en el banquete eucarístico: de hecho, la celebración diaria de la Eucaristía activa «un proceso de transformación de la realidad, cuyo último término será la transfiguración del mundo entero, hasta que llegue el momento en que Dios será todo en todos (ver *1 Cor 15, 28*)» (*Ibid.*, n° 11).

Con la mirada fija en Cristo, y confiando en la ayuda de los santos, que en el transcurso de estos ocho siglos han encarnado los dictámenes de la Regla del Carmelo, cada miembro de la Orden de los Hermanos de la S. V. M. del Monte Carmelo se sienta llamado a ser testigo creíble de la dimensión espiritual propia

de cada ser humano. De este modo, los fieles laicos podrán encontrar en las comunidades Carmelitas auténticas «“escuelas” de oración, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también de acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el “arrebato” del corazón» (JUAN PABLO II, Carta Ap. *Novo Millennio Ineunte*, 6 de enero de 2001, 33).

Que la Santísima Virgen María, Madre y decoro del Carmelo, asista a los y las Carmelitas, a los miembros de la Tercera Orden y a cuantos de diversas formas participan en la gran Familia del Carmelo, y les enseñe a obedecer a la Palabra de Dios y a guardarla en sus corazones, meditándola cada día. Que el profeta Elías les convierta en celosos manifestantes del Dios vivo, y les guíe hasta la Santa Montaña, donde se les permita percibir la *brisa* ligera de la Divina Presencia.

Con estos sentimientos, mientras ruego la abundancia de dones de un Pentecostés renovado para toda la Familia Carmelita, que aumente su anhelo por el Señor, imparto desde el corazón la Bendición Apostólica, con un recuerdo especial a los Capitulares.

En Castel Gandolfo, a 14 de agosto de 2007

Papa Benedicto XVI